



MUSEO DEL HOLOCAUSTO
BUENOS AIRES

LOS SOBREVIVIENTES Y LA ARGENTINA LUEGO DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

LA VIDA EN ARGENTINA

A. Contexto histórico:

¿Cómo fueron los primeros pasos que dieron los sobrevivientes luego de haber ingresado a la Argentina? La difícil adaptación a una nueva vida, en un nuevo país, con un idioma diferente y con un pasado trágico, es descrita por los sobrevivientes como un arduo período. Las comodidades no eran las ideales ya que la mayoría de los parientes también eran inmigrantes y tenían que sobrellevar sus dificultades económicas. Argentina estaba atravesando una etapa de prosperidad. El desarrollo del primer plan quinquenal del gobierno peronista les permitió una paulatina inserción laboral. La mayoría de ellos fue desarrollando un oficio que generalmente estuvo relacionado con el rubro textil, teniendo en cuenta que la inversión en la industria liviana, desarrollada durante la presidencia de Perón, se vio reflejada en el aumento de las fábricas textiles. El diputado Salvador Córdova en una entrevista realizada para Mundo Israelita resaltó la parte importante que en el progreso de este rubro le cupo al esfuerzo judío, elogiando la laboriosidad y perseverancia con la que se destacaban en el trabajo y reconociendo el progreso de muchos que, tras iniciar su actividad laboral como simples obreros, lograron, tras empeñosos esfuerzos, establecerse como fabricantes; primero en pequeña escala y luego al frente de establecimientos de importancia. Sin embargo, la entrada de manera ilegal al país traía como consecuencia una precariedad en las condiciones de trabajo ya que, al no poder estar en regla, por la carencia de documentación, tenían que aceptar los ofrecimientos laborales abusivos que les hacían. Esta situación cambió con la creación de la OIA¹ y con la amnistía otorgada por Perón en 1949 que les permitió obtener la documentación y la consecuente posibilidad de trabajar en otras condiciones. El trabajo no solo fue un medio para ganarse la vida, ahorrar y progresar; sino también como un elemento que, a través de una abultada carga horaria de labor, les permitía focalizar su atención en la tarea y evadir por momentos los pensamientos del pasado. El Holocausto condicionó a los sobrevivientes en diversos aspectos. Más allá de la pérdida de los familiares y el destierro de su país, la adaptación implicó renunciar a proyectos de vida y a anhelos de realización personal.

B. Testimonios de sobrevivientes.

“(...). Llegamos a Buenos Aires el 4 de Julio de 1947. Lo difícil acá era el idioma español. El manejo del italiano nos ayudó para aprender el idioma y poco a poco aprendimos el castellano sin problemas. Se conseguía trabajo porque eran los tiempos después de la guerra cuando había mucho. El problema era que no tenía un oficio, había que aprender uno y adaptarse a la vida de acá. Conseguí trabajo en un lugar donde me pagaban 40 pesos por mes. Mi señora trabajaba en una fábrica textil



MUSEO DEL HOLOCAUSTO
BUENOS AIRES

operando máquinas y realizando costuras. Esto lo había aprendido en Checoslovaquia y acá se necesitaba mano de obra especializada. Trabajó horas extras de forma ilegal porque no tenía identificación. Cuando se formó un partido peronista judío, se dio una especie de amnistía para todos; no fue solamente para los judíos. Cuando salió el decreto pudimos residir como argentinos después de un año y pico. (...) Yo siempre quise ponerme por mi cuenta, desarrollé un oficio de fabricante de ropa de cuero. Lo aprendí bien porque mi padre era zapatero y ya tenía la idea de cómo cortar y como golpear. Una vez que lo aprendí, luego de un año y medio, me puse por mi cuenta. Pude comprar dos máquinas y mi señora trabajó conmigo. Pusimos mucho empeño. Trabajábamos sin parar seis de los siete días de la semana y lo hacíamos por 16 horas diarias. Después del gran esfuerzo del día caíamos en la cama tan cansados... De esta forma no se tenían las pesadillas que agobiaban al sobreviviente. Lo visto y lo vivido fue terrible, nunca se va a poder contar todo, quedará mucho en el tintero porque hay muchos detalles que no se pueden contar, terribles y que yo no me animo a transmitir. (...) Cada uno tenía su propio estilo de vida, ahorrábamos a pesar de que había inflación. Pedimos préstamos en los bancos para comprar el cuero y luego venderlo a los negocios. Trabajando duro, poco a poco se iba sumando y se iba ahorrando. Había que juntar porque las promesas de los políticos nunca existieron. (...)”²

“(...) Yo llegué acá y encontré un hogar deshecho. Mi tío tenía otra mujer y maltrataba a mi tía. Sus dos hijas se fueron, una a Brasil y otra a Israel - ya se había declarado el Estado de Israel - y mi tía me repetía: “viniste buscando cariño y un hogar, pero esto no es para vos”. Un día leyendo el diario judío encontré un aviso que pedía una celadora para una escuela. Hablé con el director y le dije que no quería ser celadora sino maestra. Justo en ese momento había una directora de Israel que estaba formando un grupo de chicas que habían terminado la escuela secundaria. Su objetivo era el de formar un estudio por tres años, de todas las materias judías, para maestra jardinera. Ella valoró mi conocimiento del Idish y me dijo que podía serles útil. Ingresé a un curso de tres años dictado por ella. A la mañana estudiaba desde las ocho hasta la una y por la tarde trabajé de celadora. Dos veces por semana trabajaba en un conjunto de títeres que iba por los colegios y por la noche también lo hacía en un taller de sastrería porque no me alcanzaba para pagar el alquiler. Yo me había ido de la casa de mis tíos. Con mi tía ya no tenía ninguna conexión después ella se fue a Israel (...)”³ Sabina Medina.

“(...) Estuvimos durante dos años trabajando sin documentos hasta que salió el decreto en que podíamos, los indocumentados, regular la documentación. Nos presentamos como todos los indocumentados. La policía empezó a averiguar quiénes éramos y de donde veníamos. Cuando dijimos que veníamos desde Italia cometimos un error. Nosotros pensábamos que no iba a haber problema. La policía empezó a dudar de nuestro caso y empezó a investigar. Nosotros no podíamos denunciar al comisario que nos trajo. Dijimos que habíamos venido solos, escondidos,



MUSEO DEL HOLOCAUSTO
BUENOS AIRES

que trajimos comida, pero la policía no creía porque en aquel entonces había contrabando humano, había mafias y la policía quería descubrirla. Nosotros no sabíamos nada de eso y dijimos la verdad que habíamos llegado escondidos en el barco. El comisario no nos creía hasta que el buque en que vinimos llegó nuevamente a la Argentina y la policía empezó a interrogar a los tripulantes. Al día siguiente la policía nos agarró y nos dijo que habíamos mentido, que sabían la verdad y nos mostró una declaración falsa del comisario que parecía auténtica. Al verla no podíamos seguir ocultando y dijimos que mentíamos porque no lo queríamos denunciar porque el comisario no lo había hecho por negocio sino por amistad. Lamentablemente el comisario perdió su trabajo. Nos llevaron a los juzgados y el juez nos envió presos en Villa Devoto por entrar de contrabando al país. Estuvimos ahí y con el peligro de que nos enviaran nuevamente a Italia. Por suerte teníamos acá unos familiares que tenían contacto con la policía y pudieron sacarnos de la cárcel en donde estuvimos 15 días. La verdad es que nos denigraron porque después de haber pasado por todo lo de la guerra, en vez de considerarnos una especie de héroes por haber sobrevivido nos metieron de vuelta y eso fue volver a revivir el pasado (...).⁴ David Galante.

“(...) Empecé a trabajar por la comida. Vivíamos en un conventillo de manera muy precaria. Yo lavaba la ropa, los platos y cocinaba para todos. Las manos se me agrietaban. De mi marido no sabía nada, aún no había podido ingresar ilegalmente. Hemos sufrido mucho acá. Vivíamos con una familia judía que también era pobre; no había para comer. Un día, una tía de mi marido nos vino a buscar [a Eugenia junto a su hijo] y nos llevó a su casa que era muy cómoda. Vivimos allí por poco tiempo porque la tía era viuda y como mi nene no dejaba de moverse, insultaba todo el tiempo diciendo: “Mierda” y “la gran siete”. Con la llegada de mi marido y mi cuñado, cuatro meses después, la situación empeoró. Ella no soportaba vivir con varias personas y siempre protestaba. Nadie entendía el sufrimiento de uno, nadie preguntaba. Empezamos a trabajar cosiendo botones y haciendo cuellos de camisas. Teníamos siempre miedo a que nos echaran del país porque estábamos como ilegales. Veíamos con temor a la policía y eso condicionaba nuestras vidas porque no sabíamos cual podría ser nuestro destino si nos deportaban. Nos fuimos de la casa de la tía de mi marido y fuimos a Villa del Parque. Si bien se conseguía trabajo, lo hacíamos en negro. Nos explotaban, pero no nos importaba y así salimos adelante. Después de lo que habíamos pasado en Europa esto era distinto. (...)”⁵ Eugenia Unger.



MUSEO DEL HOLOCAUSTO
BUENOS AIRES

“(...) Yo en realidad quería estudiar y ser ingeniero. Siempre fui un estudiante aplicado, tenía facilidad para estudiar y habilidad manual. Pero como no entendía el idioma era prácticamente un esclavo de mi tía quien me dijo: “A esta edad no se estudia, a esta edad se va a trabajar”. Su hermano que vivía en Córdoba vino para Buenos Aires y puso un taller de joyería. Trabajé con él hasta el momento de mi casamiento. Cuando le pedí un aumento me lo negó y nos peleamos. Me fui y me puse un taller de joyería en sociedad con otro muchacho. Después cambié de oficios. Cuando un oficio se venía abajo, cambiaba de rubro. Trabajé de tejedor, confeccionista, en fin, en varias cosas. (...)” Moisés Borowicz

“(...) Al poco tiempo encontré a un muchacho con el que había estado en Alemania después de la guerra. Gracias a él fui a trabajar a una fábrica de pilotos para bomberos que quedaba en la calle Ángel Gallardo. Más tarde, conseguí un buen oficio: el de tejedor. Con lo poco que me había explicado un amigo, fui a ver a un muchacho polaco que tenía una fábrica de tejido de punto en Lanús. Me animé a decirle que yo era tejedor, aunque lo único que sabía hacer era mirar la máquina. “Ya veo que sos un tejedor muy débil - me dijo después de tomarme una pequeña prueba -, pero no importa; yo te voy a enseñar”. Ese muchacho era de Bialystok y ésa es gente especial: en ninguna otra ciudad de Polonia había gente tan solidaria como la de Bialystok. A los pocos días, yo ya no era un obrero de su fábrica sino un amigo. (...) En aquel tiempo, con la ayuda de los amigos que te enseñaban, podías progresar. Yo compré una máquina de tejido de punto en cuotas y empecé a trabajar por mi cuenta: tejía los paños y los vendía a una fábrica para que ellos armaran los pulóveres. De a poco, fui teniendo más máquinas. En aquellos años, '52, '53, '54, '55, había miles de talleres de este tipo. En realidad, había de todo: Fábricas de hilado, de tejido, de telas (...)” Moniek Tabú.